

Escalera al cielo

Era una noche africana perfecta, directamente sacada de Conrad: la humedad convertía la atmósfera en algo pegajoso e inmóvil; la noche olía a carne quemada y fecundidad; la oscuridad exterior era vasta e impenetrable. Me sentía como si tuviera malaria, aunque probablemente sólo era la fatiga del viaje. Imaginaba a millones de milpiés congregándose en el techo, sobre mi cama, por no mencionar una flota de murciélagos que aleteaban hambrientos en los árboles que había bajo mi ventana. Lo más inquietante era el incesante redoble de tambores: los golpes sordos e insistentes que me llegaban de todas partes. No sabía decir si hablaban de guerra, paz u oración.

Yo tenía dieciséis años, la edad en que el miedo despertaba la inspiración, de manera que encendí la luz, saqué de mi maleta un cuaderno Moleskine nuevecito –los tambores seguían convocando las inmensas fuerzas de la oscuridad– y anoté en la primera página

Kinshasa 7. 7. 1983

sólo para oír cómo la puerta del dormitorio de mis padres se abría de manera violenta, cómo Tata maldecía y se ale-

jaba con sonoras zancadas. Me levanté de un salto –Sestra, sobresaltado, comenzó a gimotear– y me puse a correr detrás de Tata, que ya había encendido las luces de la sala de estar. Me topé con mamá, que, siempre preocupándose, se rodeaba el pecho con los brazos. Ahora todas las luces estaban encendidas; un grupo de polillas aleteaba en el interior de un aplique sin poder salir; había gritos y chillidos; a nuestro alrededor sonaba el estrépito de los platillos. Era aterrador.

–Spinelli –exclamó Tata en medio de ese estruendo–. Menudo capullo.

Tata dormía con un pijama de franela mucho más apropiado para una estación de esquí alpina que para África: al parecer el aire acondicionado le perjudicaba los riñones. Pero antes de salir del apartamento, también se puso un salacot por miedo a que su cúpula calva quedara expuesta a las corrientes. Cuando se desvaneció furiosamente en medio de la oscuridad con ruido de tambores de la escalera, Sestra, que ahora lloraba, apretó la cara contra el costado de mamá; yo estaba de pie, en calzoncillos, los pies fríos sobre el suelo desnudo, el bolígrafo aún en la mano. La posibilidad de que Tata no regresara oscilaba en la oscuridad; no se me pasó por la cabeza ir tras él; mamá no intentó detenerlo. Se encendió la luz de la escalera y oímos el lastimero sonido del timbre. Los tambores seguían sonando; otro quejumbroso *ding-dong* encajó perfectamente en aquel ritmo percusivo. Tata abandonó el timbre y comenzó a aporrear la puerta, gritando en su raquíptico inglés:

–Spinelli, estás como una cabra. Deja de hacer ruido. Estamos durmiendo. Son las cuatro de la mañana.

Nuestro apartamento estaba en la sexta planta; debía de haber docenas de personas viviendo en el edificio, pero parecía que lo hubieran abandonado a toda prisa. En el instante en que la luz de la escalera volvió a apagarse cesaron los tambores, se acabó el espectáculo. Se abrió la puerta, y una voz nasal con acento americano dijo:

–Lo siento, tío. Mis disculpas, de verdad.

Cuando volví a la cama, ya casi amanecía. En los árboles, una nación de pájaros reemplazó a los murciélagos chupasangres, y se pusieron a gorjear en un paroxismo de vida sin sentido. Volver a dormir y a soñar era imposible, y tampoco podía escribir. Me puse a fumar en el balcón y esperé a que todo tuviera sentido, hasta que ya no fue posible. En la calle, un hombre escasamente vestido estaba acuclillado junto a una caja de cartón con unos cigarrillos alineados encima. En la calle no había nadie más. Parecía estar protegiendo los cigarrillos de algún peligro invisible.

A principios de los años ochenta, Tata trabajaba en Zaire y no vivía con nosotros. Era diplomático de poco rango al frente de las comunicaciones (fuera lo que fuera ese cargo). Mientras tanto, en Sarajevo, yo reaccionaba a la infelicidad del adolescente y a la iniquidad de la edad adulta que se avecinaba refugiándome en los libros; Sestra tenía doce años, y era totalmente ajena al dolor que brotaba dentro de mí; mamá estaba en la madurez de una vida miserable y solitaria, algo que en aquella época yo no podía ver, pues siempre tenía la nariz metida en un libro. Leía de manera compulsiva, y sólo de vez en cuando subía a la superficie de

la vulgar realidad para dar una fétida bocanada a la existencia de los demás. Leía toda la noche, todo el día, y no hacía los deberes; en la escuela leía un libro que escondía debajo del pupitre, una falta frecuentemente castigada por la junta de los matones de la clase. Sólo me sentía cómodo y seguro en el espacio imaginario de la literatura: allí no había padres ausentes, ni madres deprimidas, ni matones que me hacían chupar las páginas del libro hasta que la lengua se me ponía negra de tinta.

Conocí a Azra mientras comprobaba si faltaba algún libro de la biblioteca de la escuela, y de inmediato me gustó la serenidad de lector de su cara con gafas. La acompañé a su casa, aminorando el paso siempre que tenía algo que decir, deteniéndome cuando hablaba ella. No le interesaba *El guardián entre el centeno*; no había leído *Quo Vadis*; fingió interés en *La revuelta campesina*. No obstante, estaba claro que compartíamos la misma pasión por las vidas imaginarias que podíamos vivir a través de los demás: un ingrediente necesario en cualquier amor. No tardamos en descubrir unos cuantos libros que nos gustaban a ambos: *La máquina del tiempo*, *Grandes esperanzas*, *Diez negritos*. Aquel primer día hablamos sobre todo de *El enano de un país olvidado*. Nos encantaba, aun cuando fuera un libro para niños, porque los dos podíamos identificarnos con esa pequeña criatura perdida en el gran mundo.

Comenzamos a salir, que para nosotros consistía sobre todo en leernos el uno al otro en un banco junto al Miljacka, besándonos sólo cuando ya no sabíamos de qué hablar, dándonos el lote con mesura, como si entregarse a ello por completo fuera a consumir la singular y manejable intimidad

que habíamos acumulado. A mí me hacía totalmente feliz susurrarle un párrafo de *Franny y Zooey* o *El largo adiós* a su pelo. De manera que cuando Tata anunció, a su retorno a Sarajevo de vacaciones, que pasaríamos el verano del 83 juntos en África, sentí un extraño alivio: si Azra y yo estábamos separados, podríamos resistir la torturante tentación y evitar la mancha que el cuerpo ineludiblemente inflige al alma. Le prometí que le escribiría cada día, en mi diario, pues si le mandaba alguna carta desde África llegaría mucho después de mi regreso. Anotaría todos mis pensamientos, le prometí, todos mis sentimientos, todas las experiencias, y en cuanto volviera lo reimaginaríamos todo juntos, leyendo, por así decir, el mismo libro.

Había muchas cosas que quería anotar aquella primera noche en Kinshasa: la llamarada que se veía a poniente, la impenetrable oscuridad de oriente mientras cruzábamos el ecuador al atardecer; lo perfectamente que recordaba el olor de su pelo; una línea de *El enano de un país olvidado* que a los dos nos gustaba mucho: «Tengo que encontrar el camino de vuelta a mi casa antes del otoño, antes de que las hojas cubren el sendero». Pero no escribí nada, y calmé mi conciencia atribuyéndolo a la molestia de los tambores. Lo que no escribí quedó en la habitación del fondo de mi mente, como los regalos de cumpleaños que no se me permitía abrir hasta que todo el mundo se hubiese ido de la fiesta.

En cualquier caso, a la mañana siguiente Sestra estaba en la sala, contemplando con una vaga fascinación a aquel hombre enclenque en camiseta, en la que había impreso un ángel herido en pleno vuelo. Mamá estaba sentada a la mesa, delante él, escuchando atentamente sus agudos gorjeos, con

las piernas cruzadas y el borde de la falda curvado por encima del hemisferio norte de su rodilla.

–*Svratio komšija Spinelli* –dijo–. *Neman pojma šta priča.*

–Buenos días –dije.

–Buenas tardes, amigo –dijo Spinelli–. El día ya casi ha acabado. –Enseñó una hilera de dientes cuyo tamaño descendía de forma regular desde el centro hacia las mejillas, como tubos de órgano. Sestra le acompañó en su sonrisa; Spinelli tenía una mano aparcada en cada muslo, y estaban tranquilamente inmóviles, reposando antes de la próxima tarea. Que consistió en apartar los dos rizos que formaban un paréntesis en su frente. Los rizos regresaron de inmediato a su posición original, y las puntas tocaron simétricamente las cejas.

Era la primera vez que tenía a Spinelli cara a cara, y a partir de ese momento su cara no dejó de cambiar, aunque todos los cambios quedaban unificados en las dos arrugas que había entre sus ojos, paralelas como el signo igual, y esa sonrisa delicada y como malhumorada que siempre aparecía al final de sus frases. Dijo:

–Siento lo del ruido. Un perro aburrido hace locuras.

A los dieciséis años yo invertía mucha energía en fingir aburrimiento: los ojos en blanco; las respuestas lacónicas al interrogatorio paterno; esa estudiada inexpresividad como reacción a cualquier historia de la vida real que mis padres impartieran. Había erigido un escudo acorazado de indiferencia que me permitía evadirme, leer y regresar a mi celda sin que nadie se diera cuenta. Pero durante la primera se-

mana en África el aburrimiento fue real. No podía leer; tenía los ojos clavados en la misma página de *El corazón de las tinieblas* –la veintisiete–, y no había manera de avanzar. Intenté escribir a Azra, pero no se me ocurría nada que decir, probablemente porque tampoco había mucho.

Tampoco había nada que hacer. No se me permitía adentrarme sólo en la jungla humana de Kinshasa. Me quedaba un rato mirando la televisión, que retransmitía las peroratas de Mobutu y anuncios de latas de aceite de coco que flotaban en el cielo azul de una felicidad al alcance del bolsillo. Una o dos veces al día incluso sentía el curioso e inexplicable deseo de estar con mi familia; pero Tata estaba trabajando; Sestra protegía su incipiente soberanía con su walkman a todo volumen; mamá tampoco estaba accesible, y se encerraba en la cocina, probablemente a llorar. El ventilador de techo giraba indolente, sin cesar, recordándome cruelmente que el tiempo en ese país pasaba a esa misma velocidad de anestésica lentitud.

Tata siempre hacía muchas promesas, era un fabulador con mucho potencial. En Sarajevo había proyectado sobre el inmenso lienzo vacío de nuestro provincianismo socialista una Kinshasa que era un hervidero de placeres neocoloniales: clubes exclusivos con piscinas y pistas de tenis; recepciones diplomáticas frecuentadas por espías y la alta sociedad internacional; casinos cosmopolitas y bares exóticos; safaris por la jungla, y Philippe, un cocinero nativo que le había arrebatado a un belga aumentándole el salario hasta una cantidad menos miserable. Esa primera semana sin nada que relatar dejó aquellas promesas traicionadas y sólo hubo monotonía, y ni siquiera Philippe se presentó a

trabajar. Cuando Tata volvía a casa de la embajada tomábamos una aburrida cena que mamá improvisaba a partir de lo que encontraba en el frigorífico: pimientos arrugados y papayas chupadas, pasta de cacahuete y la carne de un animal que a lo mejor era cabra.

Decidido a disipar la nube de tedio que flotaba sobre nosotros, Tata finalmente llamó al embajador yugoslavo y nos autointerventó a la residencia de éste en Gombe, donde vivían todos los diplomáticos importantes. Las mansiones eran grandes, los céspedes amplios, unas majestuosas flores brotaban en arbustos impecablemente cuidados, el venerable río Congo fluía serenamente. Su Excelencia y su excelente esposa se mostraron corteses y carentes de toda vitalidad o talento para la narración. Permanecimos sentados en su salón de recibir, y los adultos intercambiaron frases («Kinshasa es extraña»; «Kinshasa es realmente pequeña») como si fuera un azucarero. Por la habitación había trofeos exóticos cuidadosamente colocados: un trozo de encaje de Amberes en la pared; una piedra mesopotámica antigua sobre la mesita de centro; en la estantería una foto de Sus Excelencias sobre una montaña coronada de nieve. Un criado que lucía una inverosímil faja roja trajo las bebidas: a Sestra y a mí nos dieron un vaso de limonada con una larga cuchara plateada. Yo no me atrevía a moverme, y cuando Sestra, de manera repentina e inexplicable, se puso a rodar por la alfombra afgana, con un pelo que llegaba por los tobillos, como un perro retozón, temí que nuestros padres nos repudiaran.

En cuanto llegamos a casa subí al piso de Spinelli. Me abrió la puerta vestido con la camiseta de antes y pantalón corto, las piernas delgadas como zancos. No pareció

sorprendido al verme, ni me preguntó que me traía por su casa. «Entra», dijo fumando y con una copa en la mano, la música a todo volumen detrás de él. Yo encendí un cigarrillo; no había fumado en todo el día, y me moría por sentir la nicotina. El humo penetró en mis pulmones como una seda etérea, y a continuación salió espeso por la nariz; fue tan hermoso que me quedé sin aliento y mareado. Spinelli hacía como si tocara la batería al ritmo de la música, con un cigarrillo a medio consumir en el centro de la boca. «Black Dog», dijo. «Acojonante.» En la otra punta, justo debajo de la ventana, había una batería; los platillos dorados temblaban con la corriente que salía del aparato de aire acondicionado.

Mientras tocaba solos de batería y puentes, Spinelli me hizo confesiones espontáneas: había crecido en un duro barrio de Chicago y se había largado en cuanto había podido; siempre había vivido en África; trabajaba para el Gobierno de Estados Unidos, y no podía decirme cuál era su trabajo, pues si lo hacía tendría que matarme. Iniciaba cada frase sentándose, y la acababa poniéndose de pie; y la siguiente iba acompañada por un redoble de tambores invisibles. No dejaba de moverse; el espacio se iba organizando alrededor de él; irradiaba tanto de sí mismo que yo me sentía ausente. Sólo cuando me hube ido, agotado, pude ponerme a pensar. Y lo que pensé fue que era un americano de verdad, mentiroso y bravucón, y que estar con él era mucho más estimulante que los grilletes de la vida familiar o los excelentes diplomáticos de Gombe. En algún momento de su ininterrumpido e infatigable monólogo, me bautizó, sin razón aparente, con el nombre de Trabuquillo.